

DE AETERNITATE MUNDI

STATUS QUAESTIONIS

Pienso que uno de los espectáculos más fascinantes que se puede ofrecer ante los ojos de un intelectual es el de una buena polémica donde los argumentos se esgrimen cual espadas aceradas que buscan silenciar al enemigo. La Edad Media y su universidad, donde todo se sometía a discusión, nos ofrecen innumerables disputas ante las cuales no es posible no quedar maravillado. Recientemente ha sido editado el magnífico trabajo del dominico medieval Richard Knapwell: "De unitate formae", que expone la discusión sobre el particular tal cual se hallaba a comienzos del siglo XIV. ¡Cómo no quedar admirado ante el trabajo de esos profesores! Knapwell recoge 39 argumentos a favor de la tesis de la pluralidad de formas en cada ente y 32 a favor de la unidad de la misma. Demás está decir que cada argumento recibe una refutación en regla de la parte contraria.

Naturalmente yo no puedo hacer un trabajo semejante al del ilustre dominico y presentarles todos los argumentos que fueron esgrimidos en aquellos años de modo de deslumbrarlos ante el ingenio extraordinario de esos profesores. Tan sólo puedo intentar explicar por qué San Buenaventura y Santo Tomás de Aquino se enfrentaron, y con qué vehemencia, en el tema de la eternidad del mundo.

Fue tal la pasión que despertó este tema que, tanto el uno como el otro, se descalificaron de modo sorprendente. Así, por ejemplo, san Buenaventura no cree que haya un filósofo de tan pequeño intelecto que, después de haber aceptado la creación, pueda sostener la eternidad del mundo¹. Es obvio que sabía que tal enano intelectual existía y se llamaba fray Tomás de Aquino. Además, acota, sus argumentos son tontos; aceptarlos es, simplemente, demencia.

Santo Tomás tampoco se quedó corto en la calificación de su adversario. Según su criterio, sus argumentos son para la risa y de ningún valor². Como puede verse, la polémica estaba al rojo vivo.

SAN BUENAVENTURA

Intentemos, en primer lugar, entender la postura del santo franciscano. No me detendré siquiera a enumerar sus argumentos³ sino que me esforzaré por comprender el porqué de su decisión y su incapacidad para comprender el que otro pueda razonablemente entender de otro modo la cuestión. El hecho es tanto más sorprendente cuanto es de todos conocida la humildad del monje y la facilidad con que reconoce que no sabe esto o aquello⁴. Tiene que haber habido una razón muy profunda para ello y es lo que queremos mostrar.

Comenzando por lo más obvio y que cabalmente explica el apasionamiento que colorea de la disputa, san Buenaventura piensa que está en juego la pureza de la fe. En otras palabras: sostener la eternidad del mundo es una herejía. Es bueno recordar que este pecado es uno de aquellos que, en esa época, no se podía tolerar; porque, al evidente aspecto religioso se le unía el civil que implicaba la horrible mancha de la felonía.

Pero esto no basta, pues todo medieval comprendía muy bien que Platón y Aristóteles habían sido paganos y muy inteligentes. El mismo Santo reconoce que sus errores son perfectamente inteligibles; en cambio el que ahora nos ocupa, no lo es. ¿Por qué? Este es el aspecto que quisiera hoy, muy brevemente, por cierto, desvelar.

¹ In II Sent. Dist. 1, c.1, pars 1, q.2. Cito por la edición de la "Opera Omnia", Ed. Ad Claras Aquas (Quaracchi) 1985. La expresión del Santo es: "quantumcumque parvi intellectus".

² "Et hoc expresse apparet in rationibus hic inductis quae derisibiles sunt, et nullius momenti". Quodlibetum Tertium, q. 4, a. 2.

³ En su comentario a las Sentencias, donde mejor estudió la cuestión, analiza 6 argumentos favorables a la eternidad, que refuta uno a uno, por cierto, y otros 6 favorables a su posición.

⁴ Es notable cuántas veces reconoce no saber cuál es la verdadera tesis de Aristóteles sobre tal o cual punto. Sobre todo este tema me apoyaré en el magnífico estudio de Gilson: "La Philosophie de Saint Bonaventure", c. VI, págs. 151-164. J. Vrin, Paris, 3ème édition, 1953.

La primera cuestión de su comentario a las sentencias está dedicada a explicar la noción de la creación. En este tema el fraile se esfuerza por aclarar la fórmula tradicional de expresar el dogma católico: “creatio ex nihilo”. Porque hasta el mismo Aristóteles comprendió que el mundo había sido creado, pero, añade el humilde franciscano, no creo que haya llegado a entender que lo fue “ex nihilo”.

Gilson nos pide que nos fijemos en el valor de la partícula “ex”, expresamente subrayada por el fraile⁵. Según él entiende la fórmula, tal partícula sólo podría tener dos sentidos. O bien designa una materia preexistente a la creación, o bien señala simplemente el punto de partida de la acción, fija el término inicial y anterior a la creación misma. Pero el primer sentido es imposible en este caso, porque “ex” precede a la palabra “nada”, y la nada es algo muy distinto a la materia. Ya enseñó san Agustín⁶ que ésta era una capacidad de forma, que aspira, en cierto sentido, a ella, como ya enseñó el mismo Aristóteles; por lo que fue creada por Dios conjuntamente con ésta. Además de ello, no puede decirse que la materia sea pura privación, porque algo de belleza y luz posee, y, por lo mismo, modo, especie y orden, aunque imperfectos.

Todo lo expuesto nos lleva a comprender el punto clave. Para san Buenaventura hay contradicción en los términos si se piensa que lo que ha sido creado de la nada no le fue en el tiempo. En otras palabras, la creación y la eternidad se oponen sin posibilidad de un término medio. De allí sus palabras tan hirientes. Porque él perfectamente comprende que alguien crea en la eternidad del mundo y acepta que dicha tesis es razonable; lo que no lo es, en cambio, es sostener, al mismo tiempo, la creación de la nada y la eternidad de lo creado.

Sigámoslo por un instante. La conclusión de la cuestión segunda ya citada establece que si el mundo ha sido producido de la nada, ello implica que no es eterno ni producido desde la eternidad. Tanta es su convicción que asegura que habría contradicción en los términos si tal cosa se intentase pensar. Expresado en términos actuales diríamos que un mundo creado y eterno es un

⁵ O.C. pág. 154.

⁶ De Vera Religione c. 18, nº 35. Cfr. Confesiones XII, 7,7 Textos citados por s. Buenaventura en I Sent. I,1,1,1, ya citado.

círculo cuadrado. Por lo mismo no es necesario demostrarlo, basta comprender lo que implica el concepto de creación desde la nada. No hay, pues, posibilidad alguna de armonizar el concepto católico y la tesis por él combatida; de allí la exaltación que alcanza la polémica. Quien no comprenda tal cosa está, por incompetencia, arruinando el dogma católico. Tan lejos llega su convicción que, en uno de los sermones predicados en París, a petición de sus hermanos de religión, a fin de oponerse a esos errores que corroen la universidad, no teme aseverar que quien sostenga la eternidad del mundo niega la encarnación del Hijo de Dios⁷.

Finalmente observemos su última palabra sobre lo particular:

“porque la producción desde la nada pone al ser después del no-ser por parte de lo producido ... es necesario que la creación del mundo haya sido producida desde el tiempo”⁸.

SANTO TOMÁS

El tema es tratado en numerosos escritos del Santo⁹ con un número de argumentos realmente impresionante¹⁰. La Suma de Teología, por ejemplo, tan parca en dichos argumentos debido a que está dedicada a principiantes, divide el tema en tres artículos. Al primero opone 10 objeciones, al segundo, 8, y al tercero, 3. Todas ellas reciben adecuada respuesta, por supuesto.

En la cuestión 46, de la prima pars de la Summa, el mismo título ya nos indica por donde va lo que realmente preocupa al Santo. Exactamente lo mismo que a san Buenaventura. En efecto, la cuestión no se pregunta si el mundo tuvo origen temporal, sino si es artículo de fe el que lo haya tenido. En el videtur

⁷ “Ponere enim mundum aeternum, hoc est pervertere totam sacram Scripturam et dicere, quod Filius Dei non sit incarnatus”. Colaciones sobre los diez mandamientos Col. 2, Nº 25, en Obras Completas de San Buenaventura B.A.C., 2ª Ed., Madrid, 1966, pág. 546.

⁸ “quia productio ex nihilo ponit esse post non-esse ex parte producti ... necesse est, quod creatura mundi sit producta ex tempore ...» Breviloquium II,1,1

⁹ Sent., 2 d.1, q.1, a.5 y 6; II Contra Gentes, cc. 31 a 38; De Pot. Q.3, a 4 y 17; In Phys. 8, l. 2; In Metaph. 12, l. 5; In De Coelo 1, l. 6,29; Quodl. 3, q. 6, a. 1 y q. 14, a.2; comp.. theol. C. 98; De Aeternitate Mundi.

¹⁰ En la S. C. G., en los capítulos citados, por ej., aparecen 24 argumentos seguidos de otros tantos contra argumentos.

quod se pregunta si tal tesis es una conclusión demostrable, lo que le quitaría su carácter de ser artículo de fe, ya que ésta versa sobre lo no demostrable.

Es curioso comprobar que, de las ocho objeciones que se opone santo Tomás, 6 están tomadas del comentario de san Buenaventura a las Sentencias¹¹. Es claro que el Santo sabía muy bien quien era su peor enemigo; otro tanto podría decirse de san Buenaventura. Espero que nadie se escandalice al saber que dos santos se enfrentaron tan duramente; si alguien se siente molesto por mi aserto, bastaría que leyera las SS.EE. y meditara un poco sobre la epístola a los Gálatas y tantos otros textos de san Pablo para saber cuán dura fue su oposición a san Pedro y cuán graves fueron sus consecuencias. Harían bien los historiadores de la Iglesia en explicarnos por qué el día del Sumo Pontificado no es el día de san Pedro, sino el día de san Pedro y san Pablo. Mas cerremos este paréntesis.

Pero fiel mi inspiración, tampoco en esta ocasión pasaré revista a tan gran número de razones, sino que me limitaré a fijar mi atención en el quolibetum tercero, pues creo que allí expresa, mejor que en cualquier otro sitio, la razón última de su posición y la dureza de la polémica.

El título enseña claramente qué es lo que divide las opiniones: “si se puede probar demostrativamente que el mundo no es eterno”. En el sed contra Santo Tomás aborda el punto central:

“... lo que pertenece en propiedad a la fe no puede demostrarse, porque la fe versa sobre lo que no aparece, como se lee en (la epístola a) los Hebreos (XI,1). Pero que el mundo haya sido creado desde cierto principio temporal es un artículo de fe ... en consecuencia no puede ser probado de modo demostrativo”.

Y la razón de que sea artículo de la fe radica en que nada de lo que depende exclusivamente de la voluntad de Dios puede ser demostrado, sino que sólo mediante la fe en la Revelación puede ser conocido. Apoya el Aquinate su argumento en san Pablo: “las cosas de Dios nadie las conoce sino el Espíritu de

¹¹ La 1ª y la 2ª contra su interpretación del “ex nihilo”; la 6ª contra “infinita impossibile est pretransiri”; la 7ª contra la imposibilidad de la serie causal; la 8ª contra las infinitas almas inmortales.

Dios”¹². Pero hay más. Porque hay que evitar a toda costa el presentar demostraciones en estas materias que superan la fuerza de la inteligencia humana y esto por dos razones:

“ya que con ello suprime la excelencia de la fe, cuya verdad excede toda razón humana ... además, como la mayoría de esos argumentos son frívolos, dan ocasión a la irrisión de los infieles que estiman que nosotros asentimos a las verdades de fe por argumentos de este tipo ...”

Tanto como san Buenaventura, fray Tomás está defendiendo la pureza de la fe, y esto es, a mi juicio, lo que explica la dureza del enfrentamiento.

CONCLUSIÓN

Puede resultar sorprendente que los más grandes teólogos del siglo XIII se opongan en un punto en el que debería haberse hecho pronto la luz. ¿No está claro para todos cuáles son los artículos de fe? Por lo dicho es obvio que mientras para santo Tomás el origen temporal del mundo lo es, para san Buenaventura es tan solo una verdad natural cognoscible por la razón sin necesidad de la Revelación.

Aquí está, a mi juicio, el nudo de la cuestión. Por ello ambos teólogos se muestran tan duros y tan poco proclives a entender la posición de su adversario. No creo que hayan dudado un momento de la buena fe de su oponente, hay varias anécdotas que prueban en cuánto estimaban su virtud, sino que miraban, por encima de la persona, las consecuencias nefastas para la fe que se seguirían de aceptarse la opinión contraria.

Ya hemos visto que san Buenaventura piensa que tal error lleva a negar la encarnación del Hijo de Dios. Por desgracia, como se trata de un sermón solamente, no da la razón de su aserto. Podríamos conjeturar una explicación por lo que agrega al mejor de sus argumentos, aquél que sostiene que si el mundo existe ab aeterno habría infinitas almas humanas actualmente existentes. Como tal cosa es imposible según los filósofos, algunos suponen que

¹² 1 Col. 2.11

las almas se corrompen, o bien que hay una sola alma, o bien que se reencarnan. Por lo que si comenzamos mal, terminamos peor¹³. No cabe la menor duda, supuesta la eternidad del mundo todo el cristianismo queda destruido. Y, por ello, su oposición a Aristóteles no hará más que acentuarse con el correr de los años. Porque, como explica Gilson, “el universo cristiano de san Buenaventura difiere del universo pagano de Aristóteles en que tiene una historia”¹⁴, detalle de la máxima importancia ya que el cristianismo es un hecho histórico; pero un universo eterno no parece tenerla.

Con todo es bueno precisar que lo que este santo condena es la tesis aristotélica de la eternidad del mundo. Es verdad que también juzga que tal opinión es refutable por la mera razón natural, pero no parece haber advertido la sutil distinción de santo Tomás; al menos no he encontrado un texto donde se haga cargo de esa posición.

Explicada la razón de la fuerte reacción de san Buenaventura nos queda por ver la del Angélico que se caracterizaba por tolerar con indulgente sonrisa disparates manifiestos. ¿Por qué esta vez llegará al extremo de escribir un opúsculo dedicado únicamente al tema?

Mientras el fraile franciscano pronto abandonó la cátedra universitaria, santo Tomás nunca la dejó. Fue siempre un profesor con un inmenso deseo de saber. Por lo cual comprende muy bien cuánto daño puede hacer a la fe su identificación con argumentos falsos. Podríamos decir que previó las consecuencias que se han seguido del famoso caso de Galileo. “La irrisión de los infieles” la vemos todos los días en libros y conferencias dictadas por científicos que ejemplifican la vanidad de la fe cristiana con el caso Galileo. Ciencia y fe se oponen absolutamente: ésa ha sido la consecuencia. No se trata de que aceptemos la torcida versión de los hechos que impuso la masonería en el siglo XVIII. De hecho el famoso científico fue derrotado por la ciencia de su época, antes de ser condenado por la Santa Inquisición. Pero creída esa versión, se da lo que santo Tomás trataba de evitar al combatir la tesis mayoritaria en su tiempo.

¹³ “Unde iste error malum habet initium et pessimum habet finem” In II Sent., dist. 1, c. 1, pars 1, q.II.

¹⁴ O.C. pág. 156.

Finalmente la magna e inconsulta condenación de 1277 tendrá los mismos efectos, sólo que en otro contexto. De hecho todos los intelectuales posteriores a ella harán esfuerzos enormes para asegurarse contra el error. Como no hay modo de impedir su posibilidad, se irá cayendo poco a poco en un larvado escepticismo, en un refugiarse en un fideísmo o pietismo que terminó con lo que había sido la gloria de ese período histórico: la armonía entre la razón y la fe. Por ello habría mucha más razón para condenar a la autoridad eclesiástica por la condenación medieval que por la moderna. Si no se llegó a tal conclusión se debió a la cristiandad aún floreciente.

El “De aeternitate mundi” parece haber sido escrito por el Angélico para uso de sus alumnos exclusivamente con posterioridad a la primera condenación, la de 1270, y la habría mantenido sin publicar por respeto a la autoridad eclesiástica. De hecho comienza a ser conocida unos 20 años después de su muerte¹⁵. Allí insiste en mostrar que la eternidad del mundo no es una idea ininteligible, contradictoria, absurda, como pensaban los agustinianos; porque tenía conciencia de que los aristotélicos de su época jamás podrían ser convencidos por argumentos “frívolos” como los que presentaban los teólogos. La fe, la teología no puede oponerse a la razón, a la verdad, venga de donde venga. Por ello no dudó en citar a paganos y a musulmanes; porque para un profesor, la verdad está por encima de toda otra consideración; al fin y al cabo, Jesús nos lo advirtió: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”¹⁶.

Juan Carlos Ossandón Valdés

jossando@ucv.cl

¹⁵ Cfr. La introducción de la edición “Opera Omnia”, Editori di san Tommaso. Roma. 1976.

¹⁶ Jn. XIX,6.